

IRIS



NÚM. 110

BARCELONA, 15 JUNIO 1901
Ayuntamiento de Madrid

25 CENTS.

ARTE CONTEMPORANEO



ADÁN Y EVA, por Davidson

haga tal, pues la gente tendría que echar á correr al ver aquellos tipos, apenas salidos de la animalidad. En esta parte vale más atenerse á la tradición, y si quiere hacer algo nuevo medios hay de conseguirlo atendiendo al paisaje ó á la situación, según sea antes ó después de catada la fatal manzana. La intervención de la serpiente puede también dar mucho juego.

Según sea antes ó después del fatal banquete la cosa variará tanto como el anverso del reverso. Nada más idílico que la permanencia de nuestros primeros padres, en su pristino estado de inocencia paradisíaca; era el alma humana exenta de todo cuidado, el *dolce far niente* más de licioso; en cambio nada más desdichado que su situación después del hecho el hombre tendrá que ganarse el pan con el sudor de su rostro y la mujer parirá con dolor.

Nada más difícil que un buen estudio del desnudo, pues la forma humana es tan armoniosa que cuesta infinito transportarla al lienzo en toda su belleza de líneas, y no menos en su desesperante juego de luces, sombras y reflejos. De ahí que sean pocos los pintores que abordan el desnudo, para lo cual se requiere ser por igual tan consumado dibujante como colorista. Sin ser un Rubens, un Ticiano, un Goya ó un Ingres, no puede decirse que Leroy deje mucho que desear, pues esos desnudos de *El Baño* están bastante bien.

Sería interminable la lista de los pintores que han tratado el tema de *Adán y Eva*, naturalmente, son también desnudos; Davidson ha interpretado la escena de una manera fantástica, y, sin duda, ha conseguido imprimirla cierta novedad. Es la tal expulsión de nuestros primeros padres uno de los asuntos que más se prestan á la variedad de las interpretaciones, comenzando ya por el color de los personajes, pues hay partidarios del *Adán Negro* y partidarios del *Adán Rojo*, figurando entre estos nada menos que el muy ortodoxo y sabio Quatrefages que coloca el Paraíso Terrenal en el Spitsberg, y no lo coloca mal, pues á la sazón, es decir, antes del período glacial debía reinar una deliciosa temperatura cerca de las regiones polares.

A su vez, un evolucionista severo pintaría á nuestros padres tomando por tipo los cráneos de los hombres primitivos, ó sea los tan famosos de Caustatt y Neanderthal, pero no aconsejamos á ningún artista, por escrupuloso que sea en materia de *reconstituciones*, que



EL BAÑO, por L. Leroy



¡Valiente operador!

Diez años de existencia contaba en D. Lorenzo Chupandínez un padecimiento al hígado que le volvía loco. Ningún médico había podido remediar la pertinaz dolencia; todos los establecimientos balnearios habían tenido el honor de albergar entre los más ilustres hígados el de D. Lorenzo y todos los específicos inventados y por inventar habían producido en las rebeldes entretelas de Chupandínez el mismo efecto que si hubieran caído en un cubo.

La enfermedad seguía en pie y era precisa la aplicación de algo nuevo muy extraordinario para vencerla, pues ni las acreditadas aguas del doctor Jeringáñez, ni las aplaudidas píldoras de Mr. Poison, ni la famosa purga de Benito, ni la eficaz untura de tomate pasteurizado recetada por el gran Roquefort, habían disipado en el hígado de D. Lorenzo el dolor que sentía, ni las arenillas que lo amenizaban.

Especialmente las arenillas iban tan en aumento que aquello más bien que hígado parecía ya una salvadera.

Pero todo tiene remedio en este mundo bilioso, y en la cuarta plana del diario á que estaba suscrito el buen Chupandínez, encontró éste la realización de su sueño dorado.

En efecto: debajo de un perro de caza perdido, al lado de un coronel difunto que celebraba su primer aniversario y encima de una nodriza fresca para casa de los padres, hallábase in-

sertado el siguiente reclamo:

DOCTOR ANEURISMEZ

(NORTE-AMERICANO)

Especialista en la reparación y limpieza de toda clase de entrañas.

Se construyen bofes á la medida.

Se remontan hígados usados.

Bola, 30, 2.º

Poquísima era la fe que á D. Lorenzo inspiraban estas maravillas de la ciencia. Pero en su afán de apurar todos los recursos encaminados á procurar su alivio, se dirigió inmediatamente á la calle de la Bola y se presentó al reputado especialista.

—Señor mío,—le dijo.—En sus manos de usted encomiendo mi estropeada viscera. Es un órgano que se me desahínó el año 92 á consecuencia de un ataque de bilis provocado por mi señora madre política y nadie ha podido afinarle después.

—Perfectamente, caballero,—dijo el doctor.—Desde luego confío en la curación de la entraña dolorida, si usted tiene el valor de dejarse operar según mi arriesgado, pero eficaz procedimiento.

—¿En qué consiste, pues?

—¿Promete usted no desmayarse al conocerlo?

—Sí, señor.

—Pues consiste en abrir un boquete al enfermo, extraerle el hígado, limpiarle con bencina, barrerle las arenillas, rebozarlo en una especie de salsa mayonesa, después de bien encolado, y volver á colocarlo en su sitio cerrando el boquete con seis puntos cardinales de honrada sutura.



Estremecido y alarmado escuchó el pobre Chupandínez los detalles de la operación; pero no era hombre que cejaba ante los peligros y se puso en manos de aquel norte-americano que, dicho sea de paso, había nacido en la provincia de Soria.

La operación fué delicadísima. Después de tumbar al paciente sobre un tablero y de hacerle perder el conocimiento por medio del cloroformo combinado con la guayaba, procedió el operador (auxiliado por dos compañeros, un ama seca y un guardia civil) á la busca y captura del arenoso hígado.

Lo extrajo con mimo y con unas tenazas, y después de sacudirlo, lavarlo, plancharlo y darle de barniz, volvió á colocarlo en su lugar co-siendo á máquina la abertura resul-tante, no sin haberlo tenido en la cueva dentro de una ensaladera cerca de una hora y cerca del suelo para que se orease pronto.

El paciente quedó por el momen-to inmóvil y callado como si le hu-bieran pegado cuatro tiros ó le hu-bieran recitado cuatro sonetos mo-dernistas. Pasaron ocho días. D. Lorenzo recobró ánimos y fuerzas y mientras sus amigos, oyendo ru-

lar la operación, se hacían cruces, él se hacía lenguas del operador.

Pero no hay dicha duradera en este valle de lágrimas furtivas y de vísceras echadas á perder.

D. Lorenzo comenzó al cabo de un mes á sentir molestias en la parte compuesta, mezcla de cosquillas, picores, escarabajos y hasta murmullos misteriosos. Ya no eran arenillas lo que le incomodaba: el in-feliz sentía una verdadera jerga en el interior del hígado; y hallándose con toda la bilis revuelta, no tuvo más remedio que acudir nuevamente el ilustre operador en demanda de sus auxilios científicos,

cosa que hubiera querido evitar, porque de primera intención había tenido que abonar al especialista dos mil pesetas y treinta y cinco céntimos.

Mucho le extrañó al doctor Aneurismez la novedad, pues no había operado á nin-gún sujeto que no hubiera quedado per-fectamente *per secula seculorum*, y pro-cedió en seguida á un segundo exámen del hígado de D. Lorenzo, que se revolca-ba en el catre como si le royeran las en-trañas.

No tardó el médico en conocer la can-sa de todo aquello, que fué hijo de un descuido. Indudablemente mientras estu-vo secándose en la cueva la víscera ope-rada, un ratoncillo hembra, que se halla-ba en estado interesante, se había oculta-do en el interior del órgano y al cabo de algún tiempo había hecho cría en él.

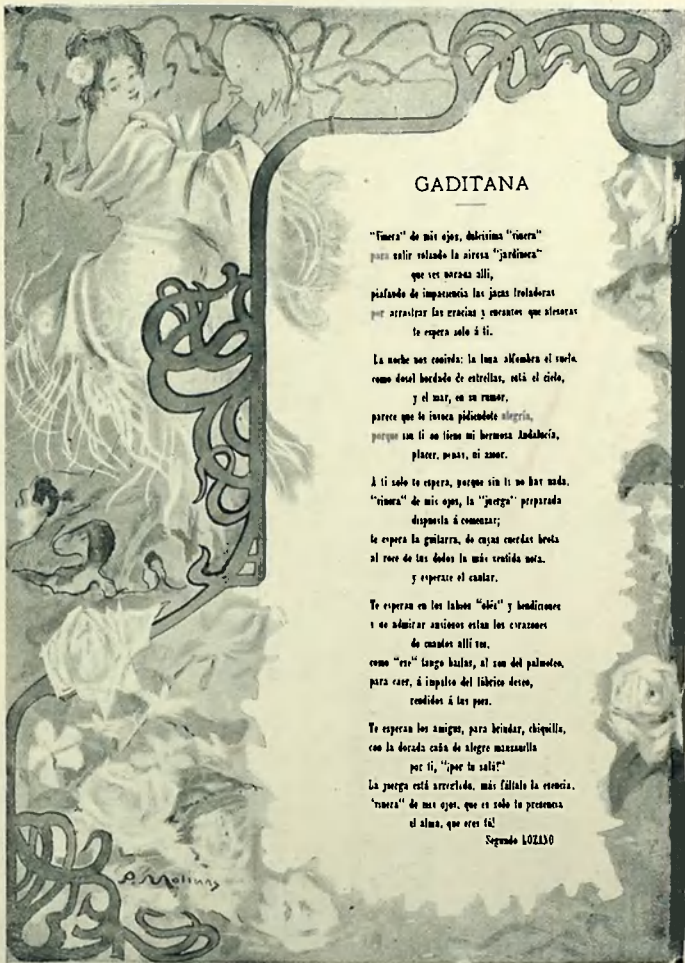
¡Pobre D. Lorenzo! ¡Cómo no había de sentir un hervidero terrible con la menuda tropa que llevaba dentro! ¡Cómo no había de vivir con la bilis revuelta!

Desalojado el local, recobró el buen Chupandínez la tranquilidad perdida y no ha llegado á mis noticias que le ocur-riera después contratiempo alguno. Y

por su parte el escarmentado operador ha adoptado precaución muy oportuna: mientras se le secan las entrañas en la ensaladera de la cueva, dos gatos de toda confianza las dan guardia de honor.

JUAN PÉREZ ZÓRIGA





GADITANA

"Fuera" de mis ojos, dulcísima "cierra"
para salir volando la sirena "jardínica"
que ves morada allí,
pulsando de impaciencia las jajas trepadoras
por atravesar las enredas y enredos que ahuecan
te espera solo a ti.

La noche nos convida: la luna alumbra el suelo
como dorsal huedada de estrellas, está el cielo,
y el mar, en su rumor,
parece que te busca pidiéndote alegría,
porque así si no tiene mi hermosa Adalucía,
placer, penas, ni amor.

A ti solo te espera, porque sin ti no hay nada.
"viena" de mis ojos, la "juerga" preparada
dispuesta a comenzar;
te espera la guitarra, de cuyas cuerdas brota
al roce de los dedos la más crecida nota,
y esperate el cantar.

Te esperan en los labios "blancos" y bendiciones
y se admiten aqueños están los coros
de cantos allí tu.

como "eres" largo bailar, al son del palmetos,
para caer, á impulso del fabrico deves,
rendidos á los pies.

Te esperan los amigos, para brindar, chiquilla,
con la dorada caña de alegre manzanilla
por ti, "¡por la salud!"

La juerga está arrevelado, más fallida la ciencia.
"viena" de mis ojos, que es solo tu presencia
al alma, que eres tú!

Segundo LOZALO



PREPARANDO EL ALMUERZO

LA FIESTA HIPICA



Como si en este país de los garbanzos estuviéramos, por todos conceptos, de enhorabuena, no pasa día sin que surja alguna fiesta, ó varias, en que se recree nuestro ánimo. Nosotros trabajaremos poco, ó nada, pero ¡lo que es divertírnos! Remedando al gran *Pigaro*, podría decirse: «Aquí todo el año es fiesta, y todo el mundo juerguista.»

Al catálogo de fiestas clásicas, más ó menos móviles, se añadió, hace algunos años, la «fiesta hípica», ó carreras de caballos. Al principio estuvo muy de moda el «hipódromo» ó «potros con hipo», como decía un cochero de la clase de guasones.

Y todas las esferas sociales tomaron parte, más ó menos directa, en las carreras de caballos. Sucedió con estas fiestas, entonces, lo que sucede con todo lo nuevo: hubo aficionados furibundos y de tractores encarnizados. Especialmente en la región de los cursi arraigó esta planta exótica con verdadera furia. Y hasta el flamante y extranjerizo vocabulario penetró, más ó menos disrazado, en los más rancieros hogares. Entonces se oían diálogos por este estilo:

—Mira, Pascasio. Es menester que no perdamos ni una carrera.

—Es verdad, Cornelia. La fiesta hípica es un espectáculo que instruye mucho.

—Sobre todo, á los maridos. Es muy bonito eso de que un hombre elegante sepa montar bien.

—Sí, sí. Sobre todo, no hay que faltar al «Gran handicap pura sangre».

—Es un *Garnica* muy noble.

En el seno de otras familias se escuchaban frases como las siguientes:

—Mamá ¿por quién piensas apostar?

—Yo, siempre aposteo por el menos recargado. Así, si gano, gano una barbaridad.

—¿Cuál lo será esta vez?

—Probablemente... el que lleve menos apuestas en su favor.

Verdad de Pero Grullo; pero que había de pasar á la susodicha mamá por una Cicerona en la ciencia caballar entre los ignorantes. Había también, y creo que todavía hay, quien apostaba, y apuesta, por puro capricho, y muchas veces por la sugestión «dora simpatía de los nombres de los héroes sólidos». Los aficionados á peteneras y otras canciones populares suelen apostar por «Polo» ó cosa parecida. Los de carácter severo ó inflexible, por «Espartaco». Los aficionados á dulces, por «Golosi-na». Los de miras tortuosas, esto es, los bizcos, por «Caracol». Los dados á las tradiciones árabes, por «Almoraima». Y así sucesivamente, como se ha visto en las últimas carreras. No se quedaban atrás los chicos, bien educados, en la admiración á la fiesta inglesa.

—¿Qué carrera quieres seguir, niño?—se le preguntaba á un angelito, decentemente vestido.

—¿Qué carrera?—respondía.—¡La de caballos!

—¡Ilola! ¿Y por qué?

—Porque según dice papá, la carrera de caballos es una carrera en que se gana mucho dinero.

—¿Y cómo lo sabe él?

—Porque la ha practicado.

Y emprendiendo un curso de «aprendizaje en su propia casa, el precoz niño pedía á su papá que le sirviera de caba'gadura.

Y el buen padre, llorando de gozo, ofrecía las espaldas á su monín, quien se montaba en ellas, y azotando al auter de sus días con unos zorros, recorría todas las habitaciones, gritando:

—¡Arre, papá! Tienes que andar 800 metros por minuto.

La mamá reía la gracia, diciendo:

—¿Zúrrale á papá, zúrrale fuerte, porque sino irá á paso de tortuga! ¡Fué siempre tan pesado!

La verdad es que ser caballo de carreras es una ganga.

No hay ser mas mimado en la naturaleza.

Ni el perrito faldero, que come bizecochos y duerme en camita de plumas; ni el lorito, que «saca la patita», y se le rasca con la uña en la cabeza; ni el diputado cunero, que, sin molestarse lo más mínimo, sale ya hecho y derecho de la cabeza del minis-



trode la Gobernación, como Aquiles de la de Miner-va... pueden compararse al caballo de hipódromo.

El no trabaja nada, y come el mejor pienso, y se instala con una comodidad regia.

Al verlos en sus aristocráticas cuadras, también cuidados, los pobres vagamundos, que alguna vez se asoman a las rejías ó tragaluces de las cuestras viviendas, exclaman:

—¿Quiénes fueran esos!

Esos, tan envidiados, son los caballos.

Solo en dos épocas del año, en las estaciones más agradables, en primavera y otoño, los regaladísimo animales referidos dan fe de vida, y hacen algo.

Pero, suelen ganar mucho, en poco tiempo.

Recorriendo en pocos instantes centenares de metros, recogen para sus amos, miles de pesetas.

¡Eso es nacer con suerte!

También nace con suerte el jockey.

Ser que nació para hombre, y se quedó en mono, por lo pequeño y nervioso, no hubiera encontrado aplicación a su figura sin las carreras de caballos.

Más, vive esclavo, como otros muchos mortales, de su profesión.

El, a diferencia de algunos políticos, por mucho que tregue, no debe engordar nunca. Tiene que ser siempre un hombre de pocas carnes.

Yo no sé si hay una raza especial de esta clase de hombres, ó si su poco peso es debido a una educación sabiamente dirigida.

Lo que sí es que conozco a una señora, que tiene un hijito, muy canijo, al cual da lástima verle:

—¡Es una desgracia!—dice ella, con tristeza.

Por más aceite de hígado de bacalao que le doy, no medra nada. Si sigue así, tendré que dedicarle a jockey.

Yo creo que los jockeys, aunque pequeñitos, deben tener mucho nervio, y, sobre todo, muchos pulmones. Recientemente se ha discutido en una Academia científica si deben ó no respirar los jockeys durante las carreras.

Y se ha resuelto que sí, que puede respirar; pero, con la boca cerrada.

Si es así, por lo menos no les entrarán moscas.

Pero, conviene que no estén constipados, y lleven al mismo tiempo las narices obstruidas.

Esto sería un contratiempo; porque con la boca y las narices tapadas, no es presumible, ni decoroso que yo lo diga, por donde iban a respirar.

Lo que sí está fuera de duda es que, a pesar de los muchos pisotones que sufren de los distinguidos corceles, jamás padecen de callos. La razón es muy sencilla. Es que usan el callicida *Ladivonsim*.

De todos modos, la fiesta hipica ha tomado carta de naturaleza entre nosotros; y si no despierta gran entusiasmo, no por eso deja de atraer gente.

No solo van a ella «la flor y nata» de la sociedad, sino también los «posos». Aunque cada cual se coloca en el sitio que le corresponde.

En las tribunas, y alrededor de la pista, se sitúan los privilegiados, los «paganos», (los caballeros de monóculo y gemelos de campo, las señoritas y damas con preciosos trajes multicolores, quizás no «pagados».

Y la multitud, la pobrería, la cursería, pónese allá, en los desmontes, y goza gratuitamente del espectáculo, contemplado a vista de... telescopio.

Pero, al regreso, las pollitas de Pergamino, por ejemplo, que se han tendido en los desmontes, no cesan de hacerse lenguas de las carreras.

—Han estado animadísimo, dicen a los amigos que encuentran.—Nosotros caímos al lado de la Marquesa de la Lechuga y del Barón del Rabano. Mamá apostó por «Capuchina», y ganó una porción de duros. (Lo que hay de verdad en esto es que se sentaron entre varios soldados y criadas, y sus únicos gastos fueron un perro gordo de cacahuets).

Pero, hay muchos, muchísimos, que no van a las carreras.



Como es una fiesta inglesa, hay quienes las tienen horror.

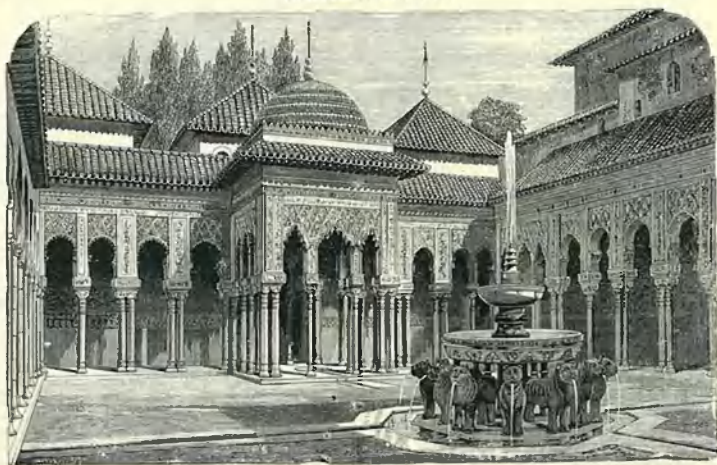
—¿Por qué no vas?—le pregunté a un amigo, muy derrochador, y lleno de deudas.

—No voy,—contestó,—por patriotismo. ¡No quiero encontrarme con ingleses!

ESKRIBO GALDO



GRANADA



PATIO DE LOS LEONES

Con la acostumbrada animación de todos los años se han celebrado en la hermosa ciudad del Darro las fiestas y ferias del Corpus, habiendo acudido millares de forasteros á visitar las incontables bellezas que encierra aquella capital.

Porque hay que decir que no son únicamente sus celebradísimos monumentos árabes y cristianos lo que constituye el atractivo de Granada, sino toda la población; los barrios, las calles, las casas, las costumbres. Granada, como Sevilla, tiene una fisonomía especialísima, exclusivamente propia, que enamora al artista y á todo aquel que sabe sentir la belleza y la poesía. Reina en ella esa tristeza misteriosa que se respira en las grandes metrópolis decayidas, en Venecia, en Toledo,



PATIO DE UNA CASA DEL ALBAICIN

en Nuremberg, en las ciudades muertas de Bélgica, y eso es un encanto para el que vive en centros cosmopolitas sin color ni fisonomía propios.

El atractivo que ejerce Granada en las almas soñadoras aparece en la predilección con que la recuerdan los más exquisitos pintores y poetas, los cuales la ven con ojos muy distintos del frívolo *touriste* ó del ricachón improvisado. No pocos artistas alemanes, ingleses y franceses, y con ellos el insigne Santiago Rusiñol, han experimentado en Granada las más hondas impresiones, que han traducido luego en lienzos admirables; pero sin necesidad de acudir á ajenos testimonios hasta recordar el sinnúmero de hombres ilustres que han salido de Granada en las armas, los cien

cias, las artes y las letras para comprender la influencia que ejerce aquel magnífico medio en la elevación de la inteligencia y la nobleza de los sentimientos. De Granada era hijo el grande Álvarez de Castro, de inmortal memoria y de Granada es hija la Emperatriz Eugenia.

Aparte de esto, se comprende mucho mejor el carácter de Granada cuando se sabe su historia que no si se ignora por completo. Caída en poder de los cristianos la ciudad santa de Córdoba, rival de la Meca, hallábanse los musulmanes españoles desorientados y sin acertar a tomar una resolución cuando surge un hombre de genio, Mohamed Alhamar, que se apresura á reemplazar á Cór-



PATIO DE UNA CASA DEL ALHAMBRA

doba con otra ciudad que fuera como el asilo y centro de los dispersos agarenos, y elige para ello á Granada (1236). Desgraciadamente la ambición de los reyezuelos de taifas impidió que Alhamar pudiera realizar su gran designio de reunir en un solo Emirato los débiles Estados musulmanes de la península, y por esa misma división juntamente con las sediciones y revueltas de la capital no pudo contrarrestar las armas de San Fernando, y aun hubo de prestarse á auxiliar á éste en la conquista de Sevilla.

Bajo Mohamed Alhamar llegó Granada al apogeo de su gloria y se dió comienzo á la Alhambra.

RICARDO YARA



PUERTA DE VIM, EN LA ALHAMBRA



LA TORRE DE COMARES (ALHAMBRA)



Próxima la fecha en que han de comenzar las sesiones parlamentarias, los diputados rurales, urbanos y anfibios, se aprestan á la lucha; y unos en expres, otros en mixto, y quizás alguno cabalgando sobre los propios lomos, ó en los de un semejante, se dirigen á la corte en demanda de su asiento en el Congreso; y de los caramillos, azucarillos, agua y demás gages que por clasificación lo correspondan.

La casa que habita D. Sisebuto Taravilla, diputado electo por el distrito de Calabacín de Arriba, se halla en pleno «período revolucionario». ¡Qué ir y venir de gentes empingorotadas! ¡Cuanta recomendación del alcalde, del cacique, del juez municipal, del alguacil, del pregonero, del cura... de todo el pueblo! D.^a Escolástica se multiplica. El gozo le rebosa por todos sus poros y al ver su «choza» (como ella dice con falsa modestia), tan honrada por los calabacines más conspicuos, no cabe en el pellejo y se deshace en atenciones, agasajos, sonrisas y demás recursos del repertorio en estos casos obligado.

—Escolástica,—dice á su esposa D. Sisebuto, cuando se quedan solos, arrojando la maleta para el viaje,—pon un par de calcetines más, porque dicen que allí hace mucha calor y se suda mucho... y el aseo no es incompatible con el cargo de diputado.

—Está bien. Mira; ten cuidado con la levita, que después de vuelta parece nueva. No te la manches, porque tú eres muy adán y al momento te llenas de lamparones. En este rincón te pongo un frasco de bicina.

—Bueno, bueno; y una pastilla de jabón de olor. Porque allí en Madrid, como saben que uno es persona y diputado, cuesta todo un ojo de la cara. Y además, que un diputado debe siempre oler bien.

—Claro. ¿Quieres que te ponga en el maletín un poco de almizcle? Es el perfume más elegante.

—Y el más barato.

—¿Qué papel es este?

—¡Ah! Tráelo; es la nota de cuanto tengo que hacer en beneficio del pueblo. ¡Mi programa! Oye: recomendar al sobrino del alcalde para la plaza de capataz en la carretera; hablar al ministro para que traslade al juez, porque aquí no se le puede aguantar; pedir que se suprima el impuesto de consumos, y el de la sal y las contribuciones y los arbitrios y todo lo que supone cargas para el municipio y que se declaren exentos de la obligación de «servir al Rey», á los mozos de Calabacín de Arriba.

—¡Eso, eso! A ver como te portas y si consigues todo eso... Si no, no vuelvas por acá en tu vida.

—¡Antes muerto que rendido! ¡Volveré vencedor... ó no volveré! ¡Lo juro!

—Deja el juramento, para cuando llegue la ocasión de prestarlo en la cámara,

—No está de más un ensayo de cuando en cuando.

En estas y otras, llegó la hora de tomar el tren y D. Sisebuto se trasladó á Madrid.

Habiase figurado que, dada la importancia del cargo para que había sido elegido por «sufragio universal de los cincuenta electores de Calabacín», palabras textuales de D. Sisebuto, «ó séase» de todos los calabacines electores, sería recibido con palmas en la corte y que bajarían á esperarle en la estación, el Ministro del ramo, el Gobernador de la Provincia, el Alcalde de la Villa, el Presidente del Consejo y hasta un millar ó poco menos de personajes adictos á su candidatura.

¡Cuál no sería la desagradable sorpresa que experimentó el bueno de Taravilla, al encontrarse solo, completamente solo... en poder de unos mozos de fonda que se prestaron á acompañarle, y lo embanzaron en un coche, conduciéndolo á la modesta «casa para viajeros» que había de servirle de domicilio por una temporada legislativa y el módico precio de tres pesetas diarias, con principio, ropa limpia... y abundancia de chinchies y otras menudencias!

Llegó el día de la solemne apertura del Parlamento; desde muy temprano D. Sisebuto se ocupó

en acepillar su ropa, frotar las manchas con bencina, perfumarse interior y exteriormente con almizcle, «para oler a diputado», según él decía, dar lustre á las botas y coserse unos botones del pantalón. ¡Válgame Dios y cuanto echo de menos á su mujercita, á aquella Escolástica de su corazón, que tantas veces me desvelaba por tenerle limpio y reluciente como ascua de oro! A la hora citada, llegó al Congreso, tomó asiento en el escaño que le indicaron y... las impresiones que recibió aquella tarde memorable, ¡van reflejadas exactamente en esta carta dirigida á su inolvidable costilla.



«Querida esposa de mi corazón y de mi alma: Desde que te avisé mi llegada, sin novedad, á Madrid, no he tenido tiempo para volver á escribirte. Perdóname; yo estoy bien de salud y deseo que tanto tú, como los parientes y amigos que he dejado en esa, os halléis en el mismo estado.

Al día siguiente de mi llegada, visité á D. Segismundo, que es un hombre muy campechano y muy amable, aunque ministro; en cuanto le dije quien soy, me dió la mano y me regaló un cigarro puro con sortija (te la guardo para recuerdo), y me preguntó por los amigos de Calabacín, que lo son suyos, según me aseguró. Yo aproveché la ocasión y le di el papellito... ya sabes, el programa; lo leyó, y al terminar, lo puso sobre la mesa diciéndome que en aquel momento no podía ocuparse en pequeñas cosas; ¡ya ves, aun le parecieron pocas las cosas que le pedía! Si lo se, hago otra lista y de esta vez hubiera sido feliz todo el pueblo. También he visto á D. Praxedes; es un señor muy venerable, muy risueño, con barba blanca, boca grande, ojillos vivos y revoltosos... que se pasa la vida siendo Presidente del Consejo de Ministros, y suegro de Merino. Te aseguro que no se como hay españoles tan brutos, que hablen mal de ese hombre; ya ves si será buenazo y alma de Dios, que al saber quien es su marido, me dió un abrazo, dos palmeautas en el hombro derecho, un caramelo de la pajarita, que

lo guardo para ti con la sortija del puro de D. Segismundo, y un ejemplar de *El Correo* de Ferreras y al despedirme, me llamó «buen mozo y excelente calabacín». ¡Jamás olvidaré tales palabras que se grabaron en mi corazón y en mi cerebro! Notarás, Escolástica, de mi alma, que ya escribo á tu diputado.

Otro día te daré detalles de Madrid, que es un pueblo mucho más grande que Calabacín y tiene muchos palacios y muchos carruajes; á todas horas del día se ve gente por las calles y yo estoy mareado de tanto ir y venir. Como soy diputado, pienso verlo todo y ya te iré escribiendo lo que me parece de esta torre de Babel. Ahora te voy á copiar fielmente mi entrevista con el Ministro de Hacienda; después de muchos paseos en balde á su casa y al ministerio, conseguí que me diera audiencia y después de saludarle muy afectuosamente, le expuse el objeto de mis pretensiones.

—De modo que usted quiere,— me replicó,— que se suprima en Calabacín el impuesto de consumos, y todos los demás tributos que pagan ustedes al Estado, incluso las contribuciones y demás cargas.

—Eso es, señor ministro; por ahora no pedimos más y no creo que son exageradas nuestras pretensiones.

—¿Exageradas? ¡Qué han de serlo! Nada; confíe usted en mí, que haré con mucho gusto cuanto esté en mi mano por complacerles. Les concederé todo eso... y un jamón.

¡Ya ves, amadísima Escolástica, como en Madrid no es tan difícil conseguir lo que se quiere! El *quid* está en quien lo pida. Cuando el ministro me de el jamón ofrecido, te lo enviaré para que lo pruebes y convéngas al alcalde, al cura y demás amigos.

Ayer se inauguró la temporada parlamentaria. Presidió la sesión S. M., que leyó un discurso y en seguida levantamos el tabanque; yo grité: ¡viva el Rey! y unos aplaudían y otros siseaban. Creo que me he portado como un valiente. ¡Pero si vieras que guapos están los ministros con uniforme! ¡Y qué carruajes vinieron á Palacio... con sus caballos empenachados y sus cocheros vestidos, como los lacayos, con calzón corto, en carnado, cascaca, peluca blanca y medias de seda!

¡Qué lujo, Escolástica, que lujo!

Ahora que soy diputado, cuando vaya á Calabacín, me llevaré un coche de esos, con caballos y cocheros de etiqueta, para que vean los calabacines como se porta su representante.



Son las dos y me voy al Congreso; adiós, querida esposa y no te olvides de decir á todo el mundo de nuestro pueblo, que D. Segismundo me ha dado un puro con sortija, y que le pareció poco lo que le pedí, que D. Fráxedes me llamó buen mozo, que el ministro de Hacienda me va á regalar un jamón y que ya he gritado en el Congreso ¡viva el rey!

Dá mis recuerdos á los amigos y recibe tú un abrazo de tu diputado—*Sisbuto.*
La recepción de la carta de Taravilla fué un acontecimiento para los sencillos moradores de Calabacín de Arriba.

—¡Qué sea enhorabuena!—dijo el alcalde á D.^a Escolástica...

—¡Mi marido es muy listo! ¡Tiene él solo más talento que todos los ministros y diputados juntos! ¡Ya verán ustedes como le dan todo... todo lo que pida ¡y algo más!

Á lo que el Juez municipal replicó:

—¡Y hasta puede ser que lo den el timo de los perdigones!

LUIS FALCATO

COSAS QUE PASAN

Publicamos en el presente número tres retratos de reconocida importancia. Sabido es que la duquesa de Denia ha tenido otro de sus notabilísimos rasgos en favor del progreso del país, y en vista de la insuficiencia de los premios oficiales para los artistas concurrentes á la Exposición Nacional concedió por su parte otros varios, dejando al juicio de un Jurado la designación de los agraciados. El generoso proceder de la duquesa contrasta con el de otros, que dispuestos siempre á favorecer la ganadería caballar parecen ignorar en absoluto que además de cuadrúpedos corredores haya también sabios, literatos, artistas, agricultores y



SEÑORA DUQUESA DE DENIA

obreros, necesitados de auxilio, siendo el honrarles honrarse á sí mismo.

El último acto de desprendimiento de la duquesa de Denia ha añadido un nuevo título á los muchos que tiene conquistados á la gratitud del país.

El escultor Sr. Alcoverro es autor de *La Ola*, que hemos reproducido en *iris*, y el señor García alcanzó primer premio en Artes Decorativas por sus primorosos esmaltes.

Menudean que es una bendición... del diablo las cogidas de toreros y *tancredos*, siendo rara la corrida en que no haya que lamentar desgracias. Esto indica que no hay ya buenos toreros y que lo que

fuera un arte más ó menos difícil se ha convertido en un oficio que se practica *pane lucrando* y con aprendizaje corto y malo. Si como tan irrefatiblemente dejó sentado el inmortal autor de *La Crotología* las castañuelas hay que tocarlas bien ó no tocarlas es ya caso de decir que ó se torea bien ó no se torea, á menos de que se entienda el toreo al revés y en vez de matar el hombre á la bestia se trate de que la bestia mate al hombre.

Ya se han abierto las Cortes, ó lo que viene á ser lo mismo, ya pueden echarse á temblar los contribuyentes.

¡Todo sea por Dios!



JUAN ANTONIO GARCÍA DEL CASTILLO



JOSÉ MARÍA ALCOVERRO



A ORILLAS DEL RÍO, paisaje de C. Adams

La Campana

Toca á gloria campanita,
campanita toca á gloria
que á tus sonos resucita
de aquella pasión bendita
la perfumada memoria.

A ti mi pena te cuento
porque aun recuerdo el dolor
con que rasrabas el viento...
¡Tu tañido era un lamento
por el ángel de mi amor!

¡Triste condición humana!
Tu acento hoy mi dicha evoca,
mi ayer vence mi mañana...
¡Toca más fuerte, campana!
¡Campanita, toca, toca!

¡Ay, cuantas veces tus sonos
juntos los dos escuchamos,
y las puras oraciones
con juveniles canciones
y frases de amor mezclamos!
¡Murio! Mi vida está muerta
y hasta vacila mi fe...
¡Mi alma á comprender no acierta
por qué la cierran la puerta
de la alegría!... ¿Por qué?

¡Era la esperanza mía,
mi más dorada ilusión,
solo para ella vivía,
y ella también me quería
con todo su corazón!

Me enloqueció su hermosura,
me abrasé en sus labios rojos,
ceñí, febril, su cintura
y me asomé á la locura
desde el cielo de sus ojos!

Y ella me tendió la mano:
de su juventud hermosa
me otorgó el fruto lozano...
¡Yo fui su amoroso hermano
y ella fué mi casta esposa!

Juntos hicimos el nido:
de esperanza el alma henchida
gozamos y hemos sufrido
y juntos hemos corrido
por los campos de la vida!

¿Qué más dicha puede haber
que llevar la misma senda?
¿Dónde existe otro placer
comparable al de tener
un alma que nos comprenda?

¡Horas felices! Pasaron



aunque eternas las creía...

¡Ay! consigo se llevaron
todo lo que me brindaron...

¡Fe, ilusiones, alegría!

¡Es humo la dicha humana!

¡Desdichado quien la invoca
para endulzar el mañana!

¡Toca más fuerte campana!
¡Campanita, toca, toca!

Ya sé que hay fiesta en la aldea
y tu lo anuncias así...

¡Repica, por Dios, no sea
campanita que me crea
que estás tocando por mí!

ANTONIO PALOMERO

DESDECHAS DE UN EMPRESARIO



Ay hombres desgraciados en el mundo, pero más que Thyway ninguno. Decidamente existen personas que más les valdría no serlo; es decir, que hubieran ganado mucho muriéndose en capullo.

Thyway, el inglés de bigotes como astas, vino á Madrid decidido á montar un negocio con los ahorros hechos en Londres siendo mozo de cuadra. Nada más lógico tratándose de un exmozo de cuadra inglés, que dedicarse á empresario de circo. Y á empresario de circo se dedicó Thyway.

Casó en los comienzos de su nueva profesión con la *princesa Ofelia Trapezovna, reina del alambre y emperatriz del trapecio*: rusa, según ella, de la provincia de Lugo, á juzgar por su acento y por muchos respetables pareceres. Comenzaron las desgracias del inglés: su *linajuda* esposa gastaba un dineral en mallas y en adornos, y para colmo, le hizo contratar á un clown saltador alemán,—que antes fué corista de zarzuela,—que resultó un flasco, porque como clown tenía menos gracia que un autor cómico y como saltador... no saltaba. Thyway, visto el frascaso, quiso despedirle. Ofelia se opuso; no faltaba más... un clown como aquel... claro, la primera noche... la emoción. El clown Zischer siguió actuando á pesar de las protestas ruidosísimas del ilustrado público...

Nada, nada, aquello no tenía remedio. El circo se hallaba cada día más desierto. Thyway se arruinaba. La verdad es que el espectáculo no era en extremo sugestivo: una ecuyère admirablemente formada, que cierta noche descubrió lo postizo de las caderas; Zischer, que para conseguir que saltara, tenían que subirle á un trapecio y tirarle desde allí á la pista; Ofelia, que á juzgar por su estado, pasaría muy pronto á ser *reina madre* del alambre; un malabarista que no sabía que hacer con las manos; un atleta que se moría á chorros, y un *tonto...* de remate.

Thyway comprendió que lo que á su circo faltaba era un *número* sensacional, algo raro é interesante: un crítico taurino que no escribiese de música, una tiple sin vanidad ó un novio de idem—de tiple—con sentido común. Nuestro empresario resolvió hacer un esfuerzo supremo y escribió á varias agencias del extranjero para que le contratasen la última novedad en la materia.

He dicho antes que el inglés era muy desgraciado y no he mentido. De París le anunció su corresponsal la adquisición de una pareja patinadora, capaz de entusiasmar á un público de anacoretas de ambos sexos. La citada pareja se componía de una mujer y de un hombre. Ella, jovencita, Agil, delicada; su rostro era el himno de la gracia; su cuerpo la marcha triunfal de la belleza plástica; en conjunto un acorde de Beethoven. Merecía ser descrita por un maestro de música. El era un chico elegantísimo, digno de mejor suerte.

Así decía que eran el corresponsal parisino. A Thyway le bailaban los bigotes de gozo, mientras aguardaba á los prodigiosos artistas. Cuando llegaron, la decepción brutal, aterradora, puso en peligro



su vida. Ella, según dijo el exmozo de cuadra, era una de las brujas que Shakespeare presenta en *Macbeth*. El, él no tenía precedente ni símil posible. Su cara era casi tan espantable como la de cierto poeta amigo mío y su edad rayaba en la segunda decrepitud.

Y el circo continuaba desanimado y la ruina del empresario proseguía.

Pero ya hemos convenido en que todo acaba. Y los infortunios de Thyway acabaron al recibir la visita de un domador que ejecutaba ejercicios sorprendentes metido en una jaula con cuatro leones y un poeta americano cazado en una revista azul. Thyway dudó al principio; el domador parecía un infeliz; mirando su rostro entraban ganas de asustarle; cualquiera hubiese creído estar delante del único y auténtico retrato de la timidez. Y sin embargo era un héroe. ¡Caprichos de la Naturaleza...! Thyway abandonó sus dudas considerando que no hay que fiarse de los hombres aunque parezcan infelices, y que el mundo es una inmensa comunidad, donde, según decía el fraile del cuento, todos parecemos tontos. El contrato quedó arreglado. El inglés estaba gozoso; veía la regeneración de su fortuna.

Pero así como hemos convenido en que todo acaba, convenimos también en que las desdichas nunca vienen solas. Aquella noche al terminar la función, Thyway se enteró de que su esposa se había escapado con Ziseher. Claro es, que tratándose de una hazaña del insipido clown, no le hizo maldita la gracia. Al contrario, se enfureció y grió mucho.

El pobre hombre no comprendía que esas emociones deben ser gratas para un inglés, pues que le libran del odioso *espleen*...

JULIO POVEDA



HISTORIA DE LÁGRIMAS

I

Muchas veces la vi, la amé en silencio y en el lenguaje aquel del corazón, muchas veces le dije sin hablarle que ella era mi ilusión.

II

Más tarde se fundieron nuestras almas y juntas por el mundo caminaron, y un cielo de venturas y de goces, felices vislumbraron.

III

Pero poco después, cuando esa dicha reina y señora se hizo del hogar; y la paz y el sosiego de esas almas nadie llegó a turbar, las separó el destino... ¿para siempre? eso... ¡no lo se yo!

IV

Yo sólo se que de tristeza lleno vivo sin ilusión; que es desde entonces para mí este mundo un mundo de dolor.

RAFAEL F. Y ESTERAN

ΕΠΙΓΡΑΜΜΑ

Contóme Alcover que Puente se hallaba muy arruinado y que se había casado con un duro solamente. Y le contesté á Alcover: — ¡Cosa rara! Yo creía que el pobre Puente se había casado con su mujer.

EDUARDO GUILLAR

Es tant
en la VII
núm. 13
sustituid
11 bis.
Lo cua
del espri

N	I	F
S	C	A
O	L	C
N	E	B
M	E	N

Encim:
de IRIS
queden t
contenid
letras qu
horizont:

na gran
y su con

La cas
R. López
en un lir
rios del c
de fQuo
La tra:
cho esme

—¿Q
admir:
El not:
del do

Hemos
terato
mas fusi
un pleon
recomen
formas e
Es pre
articulo
cuidado.

NUEV
cando ir
nes, que
labra de
y no cej
pósito d
cimiento
Su éxi
loso, es

h. 28-23

PEPITORIA

COSAS DE PARÍS

Es tanta la superstición que reina en la *Villa Lumière* á propósito del núm. 13 que en muchas calles está sustituida esta cifra fatal por un 11 bis.

Lo cual si dice mucho en favor del *esprit* de los parisienses no abo-

ROMPECABEZAS—IRIS

N	I	A	I	S	L	A	K	D	H	A	N	A	C
S	E	A	B	R	A	T	R	A	S	G	I	V	E
O	L	E	H	A	D	R	E	S	O	R	O	Y	S
N	E	B	E	A	D	R	E	S	A	G	U	A	S
C	E	N	S	O	Y	V	I	E	J	A	B	I	A

Encima de estas casillas dibújense las letras de *IRIS* de modo que con las líneas de éstas, queden tachadas treinta y tres letras de las contenidas en las casillas. Las cuarenta y dos letras que quedan sin tachar leídas en líneas horizontales tienen que expresar un *refrán*.

NOVEJARQUE

na gran cosa la libertad de su razón y su conciencia.

La casa editorial de D. Antonio R. López, de Madrid, ha publicado en un lindo tomito la novela *Misterios del amor* del famosísimo autor de *¿Quo vadis?*

La traducción está hecha con mucho esmero.

—¿Quieres saber que produce admiración en Madrid?
El notable callicida del doctor LADIVONSIM.

Hemos notado que un ilustre literato y académico escribe *formas fusiformes*, lo cual nos parece un pleonismo ó redundancia nada recomendable. Debiera haber dicho *formas en huso*.

Es preciso, aunque se trate de un artículo de periódico, escribir con cuidado.

NUEVO SIGLO continúa publicando interesantísimas narraciones, que representan la última palabra de la literatura emocional, y no cesa al par de esto en su propósito de vulgarización de conocimientos útiles.

Su éxito, verdaderamente fabuloso, es merecidísimo.

LOS PRESALMIOS DE LA REINA VICTORIA

La difunta soberana tenía pensionadas á algunas personas; por ejemplo, á sus antiguos maestros de baile, de canto, de dibujo; á treinta y seis capellanes y á los descendientes de no se que individuo que salvó la vida á Carlos II Estuardo (por cuya familia sentía sin igual ternura la descendiente del que la echó del trono); pero no se acordó, entre tantos músicos y danzantes, de acudir jamás en auxilio de ningún sabio, literato ó artista.

Es un rasgo que pinta por entero á la gloriosa soberana.

Hemos recibido un folleto que contiene *El origen musulmán de los jesuitas*, de Victor Charbonnel, traducción española, y la *Mónita secreta* de los jesuitas.—Véndese al precio de

SUSPIROS

Llora el pobre en su pobreza,
llora el reo en su prisión,
y en el fondo de mi pecho
¡ay! llora mi corazón.

Tú no me quieres ni pizca
y yo te adoro con el alma.
¡Qué mal dijo aquel refrán
que amor con amor se paga!

Entre tu amor y la gloria
no se que escogiera yo,
que si la gloria es muy bella
bello también es tu amor.

J. RUIZ FOLGUERA

FRASE HECHA



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior
Jeroglífico.—Embalador.

QUI		DE
ER	PE	EN
RRO	Solución	
PI		EL
	A	á
	Y	la
PE		PAN
PI		PAN
	reconstrucción	
		EL
RRO	NO	DE
ER		A
		JE

Colocados de este modo se verá que se lee empezando por la casilla num. 1 y dando saltos de caballo:

Quien da pan á perro ajeno pierde el pan y pierde el perro.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. del R.—Madrid.—Pues mi opinión es que no conduce á nada culpar sentos de Lope de Vega, ó al su que fueran del propio Homero, si al su tiempo se hubiesen conocido los sonetos.

J. P. P.—Ayer.—Un romance en su ya es, de por sí muy poca cosa, pero cuando está lleno de rísplos resulta doblemente impublible. A. M. V.—Granada.—El cuento carece de interés, á pesar de los garrotazos con que termina.

Prologoario.—Madrid.—Tiene usted condiciones ¡vaya si las tiene usted! pero se bala usted aun en el período de *fermentación* y hay que esperar á que cese para beber su vino, que será excelente.

F. M. X.—Jaiva.—¡Ay, amigo, en que aprieto me pone usted! Porque me obliga usted á revelar que los trabajos que no se publican parecen inmediatamente en las llamas, y eso le pasó á su poesía.

C. P. E.—Recibido el dibujo; no está mal, pero tampoco está del todo bien, lo cual nos impide tener el gusto de publicarlo.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TRIUNFO, 56.—BARCELONA

